

EL TRABAJO DE FIGURABILIDAD Y LOS ACCIDENTES DEL ANALISTA

Ps. Carolina Cesari¹

*“El analista está comprometido en carne,
inconsciente y hueso”²*

La sesión psicoanalítica genera modificaciones en las condiciones económicas y dinámicas en el analizante y el analista. Transferencia y contratransferencia son ejes claves en el dispositivo analítico, así también la asociación libre y la atención flotante. En esta oportunidad quiero puntualizar en ciertas vivencias del analista ¿Qué ocurre durante la sesión en el analista? Su atención, ¿siempre flota sin hundirse?

César y Sara Botella llaman *estado de sesión* a los cambios que se producen en el funcionamiento del yo durante la sesión, facilitados por el abandono de la motricidad, la acción, la reducción de la percepción externa, generando una disposición similar a la del trabajo del sueño. Hay un acercamiento entre el funcionamiento diurno y nocturno del Yo, progrediente y regrediente, una situación intermedia y hasta absurda, ominosa, que le da la característica de inquietante extrañeza.

El estado de sesión genera un empuje hacia la *figurabilidad alucinatoria* como forma de *regresión formal del pensamiento*.

¹ Analista en formación de la Asociación Psicoanalítica de Rosario.

² Baranger, M. y W. y Mom, Jorge. (1982). “Proceso y no proceso en el trabajo analítico”. *Revista Psicoanalítica Argentina*. Vol 39.

¿Qué ocurre, entonces, en el analista? Dicen los Botella: “Si el pensamiento del analista tolera la *regrediencia* sin recurrir a soluciones defensivas como la investidura narcisista del analizante, ni a las teorías analíticas, a ‘ideas listas para llevar’, o incluso a la memoria, la investidura de sus propias huellas mnémicas inconscientes (...), se verá confrontado con la regresión formal de su pensamiento, con lo *desconocido*³”. Lo desconocido es del orden de lo traumático, de lo no-representado del analizante que puede surgir en el analista como una interpretación intuitiva.

Con estos conceptos presentes ahora, quiero contarles las vivencias del análisis de un paciente al que bauticé *Benjamín*. Tuve dos “accidentes” en momentos diferentes del análisis, el primero tiene que ver con la aparición de una idea con efecto de convicción y el segundo con una sensación física que podríamos llamar alucinatoria.

En la primera oportunidad, *Benjamín se ahogaba*, produciendo un ruido muy impactante, él sentía que algo obturaba el paso del aire al respirar y lo obligaba a tomar un camino incorrecto, que sólo podía remediar tosiendo. Esta situación nos llevó a interrumpir el uso del diván y sentarnos en el escritorio cara a cara, lo cual me permitió experimentar con él la desesperación del ahogo cuando ocurrió en sesión. Benjamín comenzó a mirarme con mucha atención: mis gestos, pausas, el silencio o incluso lo que le comunicaba estaban sobrecargados, sobreinterpretados. El clima de las sesiones era como si la vida pendiese de un fino hilo de paso de aire, como si a cada inspiración se jugara vivir o morir.

³ Botella, Cesar y Sara. *La figurabilidad psíquica*. El trabajo en doble. Amorrortu, 2001, p. 118.

En este entorno, ocurrió algo curioso. Se instaló en mí una *idea*, que parecía descabellada: esto es un *recuerdo del que él no tiene memoria*. Me causó tal impacto la fuerza de esta idea-accidente, que no podía pensar en otra cosa, y fue proporcional a la defensa: no puede ser, yo estoy loca, ¡mirá lo que se me va a ocurrir!, ¿qué tendrá que ver? Yo claramente, estoy inventando. Pero la idea no cedió. Para calmarme consulté en internet sobre lo poco que él y yo sabíamos sobre la muerte de la mamá. Y tenía sentido.

Yo sentía que Benjamín repetía cada noche en su cuerpo el momento en que muere su madre a su lado, a sus 18 meses, que repetía sin saber. ¿Qué hacer con esto? Me encontraba contrariada porque sentía que esta idea tenía un gran valor, pero provenía de mi percepción, no de Benjamín. En principio lo contuve, esperé, hasta que en una sesión en la que me habló de su mamá —situación inusual— lo construí como interpretación: “tal vez esto que vivís al ahogarte tenga que ver con el momento en el que murió tu mamá, como si fuese un recuerdo en otro código, sin palabras”. Él siguió hablando y me agradeció lo que yo hacía por él, y antes de irse se dio cuenta que se había interrumpido el ahogo. No volvió a ocurrir, ni ese día ni otro.

Dicen los Botella: “Cuando en situaciones límite, de manera inesperada y totalmente involuntaria, el pensamiento del analista regresa más allá de la atención flotante y sus representaciones de palabras tienden a ser desinvertidas, puede surgir un *accidente de pensamiento*, una ruptura con el mundo de las representaciones”. Explican que este accidente equivale al estado traumático de la *no-representación*, supone un movimiento regresivo de convergencia-coherencia que establece nuevos lazos en la simultaneidad de los campos múltiples y

variados de la sesión: el discurso o la acción del analizarte, la transferencia-contratransferencia; pero, también todo un “material perceptivo actual” que va desde la percepción sensorial y corporal del momento a los “restos sensoriales” de las sesiones precedentes. El resultado de este trabajo de figurabilidad psíquica es una *figura común a la representación y a la percepción*.

El *trauma* puede ser considerado en doble vertiente, en su forma positiva produce contenidos que pueden ser repetidos y representados. En cambio, en su *faz negativa*, aparece como un resto irrepresentable que no podrá ni repetirse ni constituirse en síntoma, quedando ausente en el juego transferencia-contratransferencia. En consonancia, el trabajo de pensar del analista oscila entre el polo positivo y el del *doble en identidad de percepción*, como modo de pensar directamente conectado, no con los mecanismos y fantasmas inconcientes del analizante, sino con los puntos de fractura que abren grietas, fisuras en el funcionamiento. El *trabajo en doble* es revelador en su desenlace de aquello que, existiendo ya en el analizante en estado de no-representable, en *negativo del trauma*, puede acceder por fin a la cualidad de representación.

El *segundo accidente* con Benjamín se enmarca en un momento en el que noto que estamos *cómodos*. El silencio permite las pausas, puntúa los temas, sin tomar figura. Igual las palabras, cotidianas, concretas, presentes, sin ánimos a remontar mucho vuelo y dejarse ir por la incontrolable brisa de la libre asociación. Ahí estamos, mi paciente y yo.

Algo pasa, veo que omite tocar ciertos temas, que quedan “como en el aire”, no sé si debo preguntar. Entonces, impulsada por la contratransferencia, llevo el material a supervisión. Trabajando sobre ello, mi supervisor me pregunta por qué in-

tervengo tanto. ¿Tanto? Tal vez podría quedarme más callada. Lo primero que se me aparece al contestar, es que Benjamín no lo va a tolerar.

Ocurre un cambio en la dinámica de la sesión: me decido a señalar, cuando fue pertinente, los temas dejados de lado y a *esperar en silencio*. Resulta que mientras él habla yo empiezo a sentir algo en el pecho, me cuesta un poco respirar, me angustio. No le digo nada, pero lo siento. Lo pienso. Dice: “Me es tan difícil quedarme acá. Tuve que enfrentarme al problema real que tengo, esas cosas de las que nunca hablé. Como de mi mamá. Yo pensé que tenía todo asumido. Lo de mi papá también. Pensé que hacía bien en estar siempre activo. Con mi mamá hay cosas que no sabía que pasaban dentro mío”.

La sesión siguiente habla *cortando frases*, las deja por la mitad y continúa, dejando en el aire el sentido de lo que estaba diciendo. Más o menos así: “*Llovió anoche, pero poquito. Pensé que... ¿Qué cansancio el fin de semana con todas las cosas que tuve!*” Cuando se lo señalo, me dice que si sigue hablando se pone triste, y que no se puede poner triste. Yo me empiezo a sentir *mareada*, no “como si” estuviera mareada: mareada. Estoy sentada y siento como si se moviera el suelo, el mundo, y yo estuviera fija, pero sin tener de dónde agarrarme. Pienso si soy yo, me parece raro, antes que él llegue me sentía bien, había desayunado recién. ¿Tiene pertinencia mi mareo en la sesión? Lo tomo, lo uso. Le digo:

Analista: — Seguramente te sentís tan confundido, como si no supieras dónde pisas.

Benjamín: — ¡Eso! ¿Sabes cómo me siento? Como si saltara de baldosa en baldosa, porque no están juntas, ni firmes. Antes de saltar no sé si voy a caer bien o se va a hundir.

Entonces a veces quiero y a veces no. Viste con cuántas cosas me pasa. Estoy muy confundido.

Analista: — De baldosa en baldosa...

Benjamín: — No se van a juntar nunca.

Analista: — Las baldosas podrían formar un tablero, con blancas y negras podríamos jugar ajedrez. Hay cosas que se pueden hacer y otras no. El peón mueve para adelante, nunca para atrás. Sino, no se puede jugar. Puede que el partido sea difícil...

Benjamín: — (me interrumpe) Pero ¿sabes qué Carolina? Yo no me voy a aguantar un partido difícil.

Analista: — Qué importante lo que decís, me haces pensar en tu papá, que no aguanto un partido difícil⁴.

Benjamín: — Yo aguanté muchas cosas, pero con las baldosas separadas.

El paso del mareo al “partido difícil” y las “baldosas separadas” permitió representar la “comodidad” que sosteníamos juntos, inconscientemente. La idea del suicidio y de lo que está más allá de lo que puede tolerar se hizo pensable para los dos. El *trauma infantil* no responde ni al modelo de la neurosis traumática ni al del *après-coup*, no procede ni de la intensidad de percepción ni del contenido de la representación, sino de la incapacidad de transformar, de convertir en psíquico un estado que se torna excedente de energía, perceptivo no ligado: *ni adentro ni afuera*.

La pérdida de objeto que no ha podido representarse hace

⁴ El papá de Benjamin muere poco tiempo después que la mamá en un dudoso accidente que él califica de suicida.

que la violencia de esos afectos desorganice el psiquismo, separando baldosas, diría Benjamín. Es *desamparo* como el estado traumático generado, no por la pérdida del objeto, sino por el peligro de perder su representación.

Para finalizar, tuve el deseo de compartir estas vivencias con Benjamin y lo que me aportaron los conceptos de los Botella, para ampliar el campo desde el que pensamos nuestro trabajo. El *progreso* que puede realizarse en psicoanálisis, dicen “los Baranger y Mom”, tiene que surgir del estudio de la experiencia clínica, en sus fronteras, en sus topes, en sus *fracasos*. En este caso, podemos agregar, en sus accidentes. La cualidad de estas vivencias muestra que no pueden circunscribirse a la contra-transferencia, y que su efecto es una producción en la sesión para la que hacen falta dos psiquismos funcionando juntos.

Bibliografía

- Baranger, M. y W. y Mom, Jorge. “Proceso y no proceso en el trabajo analítico”. *Revista Psicoanalítica Argentina*, vol. 39. 1982.
- Botella, César y Sara. *La figurabilidad psíquica*. Amorrortu, 2001.